

## La ciudad de vainilla

La ciudad está llena de andamiajes. Los andamiajes, como enredaderas de metal, brotan en las aceras y trepan, pegados a las fachadas, hasta las azoteas. Operarios con mono de trabajo, casco protector y correas de seguridad gatean por las escalas, pululan por los puentes y dan voces desde las alturas mientras izan con sogas varillas y otras piezas del mecano. Luego, esos esqueletos de hierro se recubren de piel, una malla generalmente verde, y toda actividad se oculta a los ojos de los transeúntes durante unas semanas.

Cuando por fin cae el velo, la casa ha cambiado de cara. No es un simple lavado, ni una limpieza de cutis, ni la aplicación de una fina capa de maquillaje lo que la cara de la casa ha experimentado. Es un auténtico cambio de cara, de color, se diría que hasta de textura. La casa no parece la misma, está, en todo caso, enmascarada.

Asocio, al menos en Madrid, el comienzo de estas operaciones a los prolegómenos de las celebraciones del 92.

Quizás me falle la memoria o, sencillamente,

carezca de información exacta. Pero, de cualquier modo, sitúo en el comienzo de la década el inicio de este furor por la higiene externa de los edificios, de esta proliferación de mutaciones que ciertamente está cambiando el rostro de la ciudad.

Se ofertaron, al parecer, desde instancias oficiales, subvenciones a las comunidades de vecinos para costear los gastos de este adecentamiento general que, en conexión con otras tendencias de mejora del físico mediante ingeniería del bisturí, ha devenido en una auténtica cirugía estética del cuerpo urbano.

Poco a poco, en cada junta vecinal, se fue planteando la cuestión, y, poco a poco, hasta los más reticentes han ido pasando por este gran quirófano ambulatorio. En muchas casas surgieron reparos. Los vecinos de mayor edad estuvieron remisos fuese por el gasto, fuese por la poca predisposición a soportar molestias inevitables, fuese por el temor a la adición de los ladrones-araña, fuese, en fin, por la tendencia inconsciente de los más viejos a dejar las cosas como están.

Pero otros vecinos más jóvenes y activos querían dotar a sus viviendas de un aspecto más presentable y representativo, reforzador de la imagen de su estatuto económico y revalorizador, dicen, del precio de su piso en orden a una futura venta. Las comunidades ya estaban conociendo discusiones parecidas a cuenta de la instalación de antenas parabólicas.

Desconozco si los profesionales de la arquitectura mantienen polémica sobre este asunto. Y no sé, de ocurrir así, en qué campo de discusión se sitúa; pero no estará muy lejos, obviamente, del territorio de la teoría y práctica del conservacionismo y la restauración. La ciudad vivida, la ciudad con biografía, la ciudad entrada en años, entre la piedra y el ladrillo, tenía hasta ahora un aspecto entre gris y rojizo. Fruto de la contaminación y de las lluvias, la ciudad se nos estaba apagando, oscureciendo, ensuciando; pero cabe decir que su rostro delataba su vida y su historia, del mismo modo que cada arruga de una cara es el testimonio de un dolor, de una alegría, de una experiencia.

¿Debemos reivindicar la conservación de la mugre como un ingrediente necesario e inevitable de la memoria histórica o, todavía más, como un factor configurador de nuestro propio presente, o como un dato inmutable de nuestro ecosistema?

Seguramente, no. Pero hay que encontrar técnicas distintas para el aseo de las fachadas. ¿Por qué? Pues porque estamos haciendo una ciudad inaudita, sin antecedentes, desnaturalizada, una ciudad transfigurada, que se acuesta vagamente norteña y se levanta mediterránea, que se acuesta morena y se levanta rubia, una ciudad empalagosa como un pastel de nata, una ciudad que parece un escaparate de tartas heladas, una ciudad de margarina, fresa y vainilla. Estamos empezando a vivir dentro de una confitería.

Tengo entendido que determinados materiales, los más abundantes en nuestras construcciones, no se pueden pulir y limpiar. Hay que pintar encima, ¿pero además con esos colores?

Del mismo modo que el coloreado del cine en blanco y negro ha soliviantado a los cineastas, creo que este coloreado de las ciudades debería enfadar a los arquitectos. ¿Son éstas las casas que hicieron? Si es irritante ver cómo el mundo de las sombras de "El halcón maltés", que refleja un universo interior y moral, no puede sobrevivir a un colorín de vodevil de bulevar, también es repudiable que el tono dramático e intenso de la vida urbana se diluya en el azúcar y lamé de una comedia de teléfonos blancos.

Le estamos poniendo a Ana Magnani las pelucas de Brigitte Bardot. ■

